

EL DEDO EN LA LLAGA

Christian X. Ferdinandus*

A veces parece que leo con atención pero, en realidad, solo estoy repitiendo un agradable viaje por libros que, en algún momento de mi vida, me han cautivado. Un susurro de papel me hizo abandonar la lectura: por debajo de la puerta de mi departamento de la calle Larumbe el encargado del edificio había hecho deslizar la correspondencia llegada por la mañana, cuando yo me hallaba en algún lugar del mundo exterior.

El Correo Argentino me avisaba que podía pasar a retirar una pieza certificada a partir de tal fecha y en tal horario. A las diez y cuarto del día siguiente retiré, en la sucursal de la avenida Santa Fe al 2000, un sobre grande de papel madera, relativamente pesado, y sin mención de remitente.

Acaso por superstición, acaso por incomprensible remordimiento, sentí la angustiosa sospecha de que el sobre procedía de Tomás de la Sierra (a) Gumersindo Serrucho, a quien —como he relatado en la verdadera historia titulada «El regreso de Moby Dick»—* yo había lanzado a la deriva, en la bodega de una precaria embarcación, al océano Atlántico, con el propósito de que, vivo o muerto, desapareciera para siempre de mi vida. De pertenecer el sobre a Gumersindo Serrucho, este se hallaría aún sobre la faz del planeta y volvería, una vez más, a estropearme la existencia con el envío de sus escritos literarios.

En casa respiré hondo y abrí el sobre. Extraje una carpeta de plástico, de tapa transparente, que contendría una veintena de hojas A4 escritas en computadora. La página número 1 solo contenía este mensaje:

Prof. Cristian X. Ferdinandus,
Larumbe 2**, 5° A,
1640 Martínez (Bs. As.)

Estimado escritor:

* Christian X. Ferdinandus es el seudónimo conjunto de los escritores argentinos Fernando Sorrentino y Cristian Mitelman. Correo electrónico: fersdelaakd@gmail.com

Gramma, XXVII, 57 (2016), pp. 129-158.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161

He leído con bastante interés y relativo agrado algunos de sus cuentos de carácter «policial» (sobre los cuales, dicho sea de paso, podría interponer más de una objeción de carácter técnico).

Y, como yo he revestido muchos años en las filas de la Policía Interjurisdiccional y, además, tengo ciertas humildes inclinaciones literarias, me permito remitirle estas páginas, escritas por mí, es verdad que con mis limitados recursos. Sin embargo, según creo, este informe posee el mérito de narrar un episodio de la vida real.

Estos hechos ocurrieron hace más de treinta años, cuando el mundo —voy a decir una genialidad— era otro. (En rigor, también era otro el mundo de hace unas décimas de segundo.)

Pero quiero decir: en el plano personal, yo era un joven e inexperto oficial ayudante; en lo general, no existían las computadoras y, por lo menos en la Argentina, nadie soñaba siquiera con el advenimiento de Internet. El transporte era, como sigue siéndolo hoy, deficiente. Resultaba muy difícil obtener una línea telefónica, lo cual, en realidad, tendría que tener escasa importancia, ya que, de todos modos, los pocos teléfonos que había funcionaban muy mal. Estas pequeñas calamidades parecerán increíbles a los jóvenes de nuestros días, que pasan gran parte del día con el pulgar pegado a sus celulares.

Terminé de escribir esta historia hará dos meses. Quiere decir que está compuesta de recuerdos muy viejos y, por lo mismo, un poco imprecisos. Pero veo en este hecho una ventaja: la de haber olvidado los detalles ociosos, esos que funcionan como escollos o tropiezos en todo relato.

Tal vez le interese, tal vez no. En cualquier caso, presento mis excusas si es que he abusado de su tiempo, y lo saludo muy cordialmente.

Fernando Cristiani
Comisario inspector (R.E.) PI

Libre del ominoso fantasma de Serrucho, pasé, aliviado, a la página número 2 y leí el texto que se reproduce a continuación:

EL DEDO EN LA LLAGA

1

Las cosas están mudas para nosotros. Sin embargo, desde su letargo, pareciera que algo quieren decirles a los ciegos que transcurrimos a su lado...

Esta historia comenzó con un llamado telefónico anónimo, hecho después de las 9 de la noche. Era la voz de una mujer de cierta edad. Dijo, atropelladamente, algo

así como: «Estuve todo el día llamando por teléfono a mi amiga, y nunca atendió el teléfono. Acabo de llegarme hasta su casa, en la calle Terrada número tal, toqué largamente el timbre y di bastonazos y patadas en la puerta de calle y no hubo respuesta. Temo que haya muerto».

Con orden de allanamiento del juez, el comisario Marco Laurentino ordenó tirar la puerta abajo. Costó algún esfuerzo pues, como se vio en seguida, la llave estaba colocada del lado de adentro y con una vuelta y media metida en la cerradura.

Después de una primera mirada («revisión ocular» en nuestra jerga) por la vivienda en cuestión, Laurentino y yo salimos a la calle con la intención de comprar cigarrillos (él) y algún sándwich (yo).

En la acera nos abordaron cinco o seis mujeres. Las vecinas de la occisa —hablando simultáneamente y superponiendo sus voces— coincidieron, sin embargo, en las mismas apreciaciones.

El comisario Laurentino, posiblemente harto de esas efusiones lastimeras (y un poco hiperbólicas), no les prestaba la menor atención. En cambio, yo recopilaba en mi cabeza los datos que, en la vereda de la calle Terrada, me proporcionaban esas buenas mujeres de barrio.

La señorita María de las Mercedes Rígane, más conocida en la cuadra como Mecha, había sido soltera durante toda su vida y suponerla fuera de la más estricta virginidad constituiría un ejercicio de imaginación demencial. La «petisita» era esmirriada, tenía tez amarillenta, parecida al cerumen de las velas eclesiales, cabellos también amarillentos y, a la vez, entrecanos. Solía vestir púdicas ropas oscuras que pertenecían a modas pretéritas. Había consagrado su vida a las acciones piadosas y a los pensamientos escandalizados por la desastrosa marcha del mundo.

Tras llegar, hacía muchísimos años, de su provincia natal, vivía en ese antiguo y ahora antifuncional caserón cercano a las barreras del Ferrocarril Sarmiento y a la estación Flores. No se le conocían enemigos; de vez en cuando recibía la visita de otra anciana con aspecto de solterona, que caminaba con bastante rapidez a pesar de ayudarse con un bastón de madera.

—También solía visitarla el polaco —agregó una de las mujeres.

Tuve que preguntarle:

—¿Cómo sabe que era polaco?

—No sé si era polaco. Yo le decía así, porque tenía el pelo casi blanco, de tan rubio.

—Mi marido no le decía «polaco» —intervino otra señora—. Lo llamaba Mandrake el Mago porque siempre estaba vestido con un traje negro. Tenía cierto aire de pastor protestante, tan alto y tan flaco...

Hice volver a las vecinas al tema de la señorita Mecha.

Solitaria, quizá cavilosa, había alcanzado su cumpleaños —calculaban las vecinas—

número ¿sesenta y cinco, sesenta y ocho, setenta? Siempre había aparentado la misma edad, nunca había sido joven y tampoco habría de ser nunca demasiado anciana.

Otra vecina consignó que invariablemente había gozado de excelente salud, que nunca se había enfermado.

—Tantas veces me la encontré en la cola de la jubilación del Banco Cárpatos... Siempre tan seria...

—En el supermercado la vi, más de una vez —agregó una tercera—, meter en el changuito cinco o seis botellas de agua mineral. Era abstemia, odiaba el alcohol y decía que era una fuente de pecados...

Ah, esos chismes de barrio...

Pero ahora estaba muerta, echada sobre la colcha de la cama, con una bala calibre veintidós en la sien derecha y el arma aún empuñada en la mano del mismo lado. Para confirmar los dichos de la última señora, en el piso habíamos visto un vaso bastante grande con restos amarronados.

El comisario agradeció las informaciones, se desentendió de las señoras, ambos concretamos nuestras compras en el quiosco y volvimos a entrar en la casa de la señorita Rígane.

—Qué raro parece todo esto —comenté.

El comisario me echó una mirada burlona:

—Ah, estimado Cristianí, si usted, en lugar de ser un oficial ayudante veinteañero, hubiera alcanzado los rombitos dorados del comisariato, no vería nada raro en este episodio que, para mí, después de tantos años de servicio, es figurita repetida.

Traté de explicarle que el suicidio —un acto siempre violento— no condecía con la personalidad de la muerta.

En seguida, y con cierta vanidad, agregué:

—Esto es como, si en un cuadro clásico, aparecieran líneas y círculos a lo Kandinski.

—Ni sé qué es un cuadro clásico ni conozco a Kandinski ni tampoco lo quiero conocer. No tengo interés en complicar lo sencillo.

—Lo que quiero decir es que, si usted mete una, digamos, «abstracción» en un cuadro de, por ejemplo, Canaletto, al instante esa desarmonía se va a notar. Aquí pasa algo parecido. No deja de ser llamativo que esta mujer haya tomado una decisión tan drástica.

Laurentino fue hasta la puerta y señaló la cerradura y el pestillo.

—Para mí no es raro en absoluto. Los que dicen entender de psicología hablan de la depresión del domingo a la tarde; no sé si existe o no. Pero el hecho estadístico es que los suicidios se cometen, en su mayor parte, ese día y a esas horas. Lo hacen los amantes despechados, las prostitutas viejas, los enfermos terminales, los grisáceos oficinistas sin

porvenir... Además, la puerta de calle estaba cerrada por dentro y con la llave en la cerradura, lo que constituye el acto que solemos cumplir mecánicamente al entrar en nuestra casa; las puertas de la cocina y del comedor, que dan al patio, también estaban cerradas por adentro. No sabemos si lo hizo apenas entró o si se tomó un tiempito: lo seguro es que escribió la nota que vemos en la máquina; luego, para darse valor, se zampó un vaso de buen vino y en seguida se pegó el tiro en la cabeza.

En el carro de la destartalada, negra y descomunal Underwood se hallaba la nota, escrita por completo en letras mayúsculas:

YO MISMA ME DI MUERTE EN BUZCA DE VIDA ETERNA.

—Según parece —dije—, a la muerta, además de fallarle el raciocinio, le patinaba la ortografía...

—No nos pagan para averiguar el nivel de cultura de los cadáveres, sino para explicar cómo y por qué se convirtieron en cadáveres. Tengo que arreglar otro asunto; lo dejo a cargo. Mire, Cristiani, usted es demasiado vueltero e imaginativo. No le busque la quinta pata al gato. A todos nos gusta sentir que podemos ir más allá, pero la vida es prosaica. Y la muerte, más prosaica todavía. Esto es fácil de ver. La finada habrá comprendido la inutilidad de su vida y, en un raptó de locura, o de lucidez (eso lo dejo a su arbitrio), decidió ponerle punto final. Observe con atención. Todo en la casa está en orden; no existe una mínima señal de violencia. Ya vio que tuvimos que romper la cerradura para entrar: la llave oficiaba de traba. La pistola todavía está empuñada en la clásica posición del suicida. Mañana los peritos nos darán los exámenes de huellas dactilares y entonces se sabrá si aquí hubo otra persona. Pero estoy seguro de que esta mujer vivió sola y murió sola.

Laurentino echó una rápida mirada al conjunto como si buscara confirmar su tesis y se marchó, con un gesto que oscilaba entre el aburrimiento y la seguridad.

«El comisario está harto de la rutina», pensé, «pero para mí estas cuestiones revisten novedad», y agregué: «Todavía».

En este punto debo especificar que yo pertenezco a una unidad policial denominada Escaleno ABC, integrada por tres personas. A es el jefe: el comisario Marco Laurentino; B soy yo mismo.

(Sobre C deseo extenderme un poco más. El apellido de C es Marioni: ignoro cómo ha podido ingresar en la fuerza —se sospecha que recomendado por algún político influyente— y cuál es su jerarquía, si es que tiene alguna, dentro de ella; sí sé que es de baja estatura, que es calvo, que su panza es prominente y que su inteligencia raya un poco por encima de la de un adoquín; algunos lo tildan de «buen muchacho», lo

cual es un eufemismo por *inútil* o *inservible*. Aunque, por edad, es mayor que yo, no le he permitido que me vosee; y yo lo trato de riguroso usted, no por respeto, sino para mantener distancia.)

Comparé mentalmente el mínimo departamento de mi propiedad con la casa desmesurada de la señorita Rígane, una de esas típicas construcciones de fines del siglo XIX o principios del XX que se multiplican en habitaciones, escaleras, buhardillas, sótanos y recovecos sin mayor utilidad.

El protocolo policial indica calzarse los guantes especiales provistos por la institución antes de tocar nada en la llamada «escena del crimen», y a esa orden me atuve. Inicié una suerte de excursión (o, mejor dicho, incursión) por la vivienda, quizás atraído por el posible enigma que dejan los muertos.

En la cocina subsistían ollas de aluminio con un brillo triste, una heladera Siam del antiguo modelo cuya manija remata en una bola blanca; casi mecánicamente la abrí y me encontré con unos pocos víveres y una botella, a medio llenar, de agua mineral Villavicencio. Sobre la mesada había otras dos sin abrir.

En un rincón estaba el tacho de la basura y, a su lado, tendida sobre el lomo, una cucaracha muerta. Pisé el pedal del recipiente y, al levantarse la tapa, apareció una botella de oporto El Abuelo; la examiné al trasluz: quedaba alguna que otra gota de un rojo oscuro.

Del enorme dormitorio pasé a otro ambiente aún más grande, una especie de sala con muebles muy antiguos y pesados, y con una mesa de maderas pétreas en el medio.

Algunas fotos ya amarillentas contribuían a mostrar a la señorita como un ser cuya vida se había desarrollado en el pasado: en una especie de tiempo propio que no llegaba a juntarse con el nuestro. Los rostros que a veces la acompañaban se hundían en la impersonalidad. Solo en algunas fotos existía algo así como una breve visita a la existencia.

En una de ellas, tomadas en el jardín de una casa que, en segundo plano, aparecía enorme y blanca, se hallaba un evidente matrimonio de alguna década muy pretérita; la casa, el jardín, el aspecto desteñido de las personas y el «clima eslavo» general me hicieron recordar alguna que otra foto tomada en Iásnaia Poliana, la finca propiedad de Tolstói.

Marido y mujer estaban sentados en sillones de mimbre. De pie, había dos niños: una nena, junto al hombre; un nene, junto a la mujer. En el dorso, con anticuada letra de bella caligrafía, se leía: «Con papá, mamá y Francisco Xavier, recién instalados en la nueva casa. Goya, enero de 1933».

En otra foto, de tonalidad sepia, en cuyo dorso solo se leía «1940», se veía a Mercedes, ya jovencita, junto a unos chicos blancuzcos, casi angelicales, de tres o cuatro años, que jugaban en la orilla de algún río desconocido. Al fondo, se veía un barco, repleto

de tablas de madera: EL GURÍ.

Sobre una de las paredes de la sala había dos puertecitas. Una daba a un cuarto de baño con artefactos mohosos y azulejos percutidos; el depósito del inodoro era de los antiguos, los que se accionaban con cadena. La otra puerta se abría a un nuevo pasillo y a una escalera de metal, que ascendía al primer piso y descendía a un subsuelo.

Elegí bajar.

Este subsuelo estaba atiborrado de trastos caóticos: una silla de estera, desfondada; una campanilla de bronce; perchas de madera; una palangana herrumbrada; diarios viejos; ejemplares de la década del 50 de la revista *Vosotros*...

¡Y una maravilla...! Una considerable cantidad de antiguas revistas *El Gráfico*, en cuyas tapas aparecían futbolistas que ya jugaban en la primera división cuando yo era muy pequeño o ni siquiera había nacido. Leí los epígrafes: *Ángel Labruna, en River Plate desde 1932; Evaristo Barrera, centre forward de Racing; Carlos Sosa, half derecho de Boca Juniors*...

¿La señorita Mecha era aficionada al fútbol...? No creí plausible esta idea. Más bien pensé que esas revistas habían sido leídas por su hermano Francisco Xavier y que, en alguna de las tantas mudanzas, habían ido a parar a la casa de la calle Terrada.

Se me ocurrió hacer correr un poco las páginas de algunas de ellas y, dentro de la de Evaristo Barrera, encontré una mohosa carta manuscrita cuyo membrete rezaba THE CORRIENTES FORESTRY CO., LTD. En la fecha, que estaba borroneada por la humedad, pude distinguir las tres primeras cifras: 194. Estaba dirigida a un tal *Dear Francis*, que no podía ser otro que Francisco Xavier. Como mi inglés no es de los más fluidos, no tuve paciencia para descifrar su contenido ni advertí ninguna utilidad en hacerlo. Sin embargo, y a pesar de mis limitaciones con el idioma, me pareció que algunas palabras (*definitely, knowlege, religous*) cargaban faltas de ortografía. Además, me llamó la atención que, en el lugar de la firma, estuviese el dibujo de una margarita.

Sobre un estante había frasquitos azules de farmacia sin etiqueta; también algunos jarabes contra la tos, y algún medicamento contra el asma o, según pude leer, para aliviar afecciones bronquiales.

Dos ventanas daban al nivel del patio de la planta baja, a través de las cuales la luz solar se filtraba, por contraste, de modo violento. La ventana más pequeña mantenía el lineamiento arquitectónico de la casa. Su forma, algo barroca, la hacía bella, a pesar del lugar secundario que ocupaba. La otra se notaba más reciente: el revoque, liso y nuevo, todavía no acumulaba la pátina oscura de las construcciones añosas. El vidrio corredizo carecía del tono azulado que mostraba el cristal más antiguo.

«Quiérase o no, aquí hay un olor oscuro y húmedo. Es evidente que la mujer mandó a construir esta segunda salida de aire para ventilar un poco mejor».

Me habría gustado —lo admito— inferir que por aquel ventanuco hubiera escapa-

do el asesino, pero su reducido tamaño excluía tal posibilidad.

Volví a la planta baja.

Constituía otro anacronismo ese mueble llamado *combinado*, que reunía en su estructura un aparato de radio y un tocadiscos. Alcancé a ver algunos álbumes de Tránsito Cocomarola y de Ramona Galarza.

Cinco o seis anaqueles esbozaban un embrión de biblioteca. Evidentemente, a la señorita Rígane le interesaban las cuestiones religiosas. Abundaban los libros sobre santos y beatos.

Asimismo y, digamos, como sin ninguna relación con los otros libros, había un ejemplar, fechado en 1962, del *Romancero guaraní*, de Osvaldo Sosa Cordero, y publicado por la editorial Signo Anahí.

Lo religioso se mezclaba con lo esotérico. Algunos tratados metafísicos de Helena Blavatsky y del conde de Saint Germain, además de libros de tarot y cartomancia, parecían concluir sus aficiones literarias.

En la mesita de luz descansaba un tomito que, posiblemente, haya sido la última lectura de María de las Mercedes Rígane: *El Arcano Esencial y sus fuerzas oscuras*, de Mario Nijuán E. La contratapa me informó que el autor era un docto vidente mexicano, pero no me reveló qué apellido ocultaba la inicial E. En la página 45 había un papel, a manera de señalador. Era uno de esos volantes que suelen entregarse en calles o plazas:

Deje de sufrir. Usted aún puede ser feliz. Las cartas todo lo revelan y manifiestan. El señor Braulio Pastore, vidente e iluminado, sabrá ayudarlo y lo llevará al camino de la dicha.

Llame. Tel: 692-3*****

En el colegio secundario resulté, gracias al placer que me causaban ciertos textos, un buen alumno de lengua y literatura. Por tal motivo, y aunque carezco de formación, digamos, «académica», algo creo entender de asuntos de letras. Siendo así, me atrevo a afirmar que el contenido del libro consistía en una sarta de disparates sin pies ni cabeza. Alusiones al Ciclo Solar, al Ciclo Lunar, al Ciclo Estelar... Menciones del Sendero Virtuoso, del Recodo Satánico, del Hallazgo de la Paz Perpetua...

La mujer tenía hábitos prolijos: subrayaba con lápiz y las líneas parejas implicaban el uso constante de regla. Cada tanto insertaba, sin apretar el lápiz y con bella caligrafía antigua, alguna observación, no por gramaticalmente bien escrita, menos insensata. Por ejemplo: «La necesidad de una vida exuberante en placeres pecaminosos conduce, sin excepción, a las siniestras profundidades del Averno».

Debido a alguna perversión tal vez libresca, obtengo placer en revisar papeles ajenos. En una cajita rectangular estaban las tarjetas personales de la mujer:

María de las Mercedes Rígane
Teneduría de Libros – Dactilografía – Estenografía
Egresada de las Academias Comerciales Lippincott

Y más abajo: Terrada tal número, teléfono tal otro...

Traté de imaginar la tristísima existencia de la señorita Mecha, consumiendo sus días entre asientos contables y copias de mecanografía. En cuanto a la estenografía, era, desde que se inventaron los grabadores, algo así como una ciencia muerta, sin aplicación alguna.

De este ejercicio mental me sacaron los camilleros policiales, que venían a retirar el cadáver para someterlo a la autopsia y demás requisitos procesales.

Salí a la calle, con el fin de emprender una suerte de miniturismo por los alrededores. En la avenida Nazca me agredió el ruido infernal de camiones, colectivos, autos, bocinazos, rugir de motores, silbatos de locomotoras... Ese lugar, donde confluyen el tren y la avenida es, por lo menos, insalubre.

Luego, teniendo a mi izquierda las vías del tren, caminé por Yerbal, crucé Terrada y desemboqué en un curioso pasaje, de solo una cuadra, llamado La Porteña. Desde allí pude observar el contrafrente de la casa de la señorita Rígane. Daba a un terreno baldío, reliquia de alguna demolición, ahora convertido en espontánea selva: en la llanura de Buenos Aires es suficiente olvidar un cuadrado de tierra para que, en seguida, crezcan allí malezas, yuyos, arbustos... También árboles muy desarrollados, cuyas copas asomaban sobre un paredón de unos dos metros de altura, injuriado con mamarachos pictóricos y grafitis antiestéticos que glorificaban a algún cuadro de fútbol o manifestaban amor u odio a Fulano o a Zutana.

Celebré haberme enterado de la existencia del pasaje La Porteña y me dije, una vez más, que la ciudad de Buenos Aires constituye una fuente inagotable de rincones sorpresivos.

2

Consulté la guía de teléfonos. Las célebres Academias Comerciales Lippincott tenían nada menos que veintisiete sucursales. De los hábitos más bien sedentarios de Mecha y del hecho de que hubiera vivido siempre en la misma casa quise inferir que había realizado sus estudios en la sucursal más cercana a su vivienda: me presenté, pues, en la ubicada en la avenida Rivadavia al 6600 y pregunté si la señorita María de las Mercedes Rígane había estudiado allí.

La muchacha del escritorio de entrada me dio una típica respuesta de recepcionista: —¿Por qué asunto es, señor? ¿Usted qué necesita saber?

Procurando no mostrarme irónico, respondí:

—Lo que acabo de decir: si la señorita María de las Mercedes Rígane ha estudiado aquí.

—Sí, pero ¿por qué asunto?

Entonces tuve que mostrar mis credenciales (actuando un poco histriónicamente, como si fuera detective de serie norteamericana), explicarle lo que le había ocurrido a la ex alumna de Lippincott y jurarle que solo deseaba ver el certificado de estudios de dactilografía de la señorita Rígane.

La muchacha dijo «Un momento», desapareció tras una puerta vidriada y, luego de una espera muy extensa (de por lo menos diez minutos), reapareció acompañada de una «figura de autoridad»: una mujer mayor, con más kilos de los que se recomienda y con el pelo teñido de rubio.

Se presentó con un nombre que no recuerdo, con el título de profesora de no sé qué y con la jerarquía de directora de la sucursal. Me vi forzado a explicar todo nuevamente y, entonces, la profesora le dijo a la muchacha:

—Karina, trae los papeles al señor.

Unos minutos más tarde Karina me presentó un papel más bien ocre:

Certificado Analítico

Rígane, María de las Mercedes

Especialidad: Dactilografía.

Velocidad: 8

Presentación: 10

Ortografía: 9

Puntualidad: 10

Asistencia: Perfecta

Manejo de vocabulario general: 10

Empleo de vocabulario comercial: 8

Uso de fórmulas específicas: 8

Entidad educativa: Academias Comerciales Lippincott

Estudiante: Rígane, María de las Mercedes

Título: Dactilógrafa Profesional

Firma: licenciado Alfonso Cattáneo.

Buenos Aires, 30 de noviembre de 1945.

Más abajo había un sello del Ministerio de Educación y la firma del secretario de

cierta oficina de Títulos y Honores.

—La señorita también se recibió aquí en Estenografía y Teneduría de Libros — agregó la profesora—. ¿Así que la encontraron muerta...?

—Muchas gracias, buenas tardes, han sido ustedes muy amables.

Y me retiré, privándolas de detalles del caso policial.

3

No me molesta confesar que una hermana de mi madre, conocida por todos como Beba, tiende más bien a la irracionalidad y a la superstición. Desde tiempo inmemorial y hasta la fecha, ha recurrido a los servicios de la señora Ramona Ibáñez, docta en quiromancia, lectura de cartas, astrología, tarot, borra de café, y otras sandeces demenciales que —es cierto—, aunque carentes de realidad, no provocan daño a sus crédulos clientes.

Gracias a comentarios de mi tía Beba, sabía que, por la mera gravitación de su edad y de su «sapiencia», la señora Ramona Ibáñez ocupaba, en la jerarquía de ese conjunto de farsantes, un lugar espectacular que la había llevado a conocer a casi todos los relativamente colegas que trabajaban en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores.

A mí me conocía desde chico y más de una vez me había curado, mediante palabras, de afecciones tales como el empacho, la culebrilla, el mal de ojo, los sabañones, las postemillas, los orzuelos, los panadizos y la llamada «lombriz solitaria» (todas dolencias misteriosamente desaparecidas en la actualidad).

A pesar de considerarla una practicante de supercherías, yo no dejaba de sentir aprecio y simpatía por la señora Ibáñez. Después de todo (solía pensar) no hacía nada distinto de los sacerdotes de los distintos cultos. Por otra parte, la vieja era bastante lectora y solía hacer ostentación de citas literarias o filosóficas que, lejos de molestarme, solían venir al caso como anillo al dedo.

Combate de los Pozos y México: su consultorio. En la sala de espera se expandía escenografía apropiada aunque ecléctica y, si se quiere, contradictoria: imágenes del tarot egipcio, Pancho Sierra, la Madre María, un Buda, el dios Osiris, un gong dorado, el Gauchito Gil, la Difunta Correa, el Yinyang... Cierta penumbra rojiza y el aroma dulzón de unos pebeteros completaban la fabulación.

Además de quien estuviera dentro del consultorio, en la sala de espera había dos personas patéticas: un anciano penoso que hacía girar sobre su regazo un sombrero que yo solo había visto en las películas de la década del 50, y una mujer mal vestida, con lamparones de grasa en la pollera, de anteojos y con olor a transpiración, que leía la revista *Radiolandia*.

Primero fue el turno de la mugrienta y tardó bastante; en cambio, y por fortuna, las dudas y angustias del anciano se resolvieron en pocos minutos.

Cuando me tocó entrar, no pude no pensar que ya había transcurrido casi una hora.

Ramona me recibió con ironía maternal:

—¡Oh, la policía...! ¿Viene a detenerme, ayudante Cristiani...? ¿Me han acusado de ejercicio ilegal de la medicina...? ¿O tal vez de hechicería o de brujería...? A ver si me pasa como a las famosas chicas de Salem...

Y en seguida me besó en la mejilla, me llamó por la apócope (Fer) de mi nombre de pila y me preguntó a qué se debía tan sorprendente visita.

—Ramona, necesito su ayuda...

—«Hasta la hacienda baguala *cai* al jagüel con la seca»: ¿no era que vos no creías en estas ciencias mías...? ¿Querés que te pronostique el futuro?

—No, Ramona, no vengo para conocer nada del futuro sino para averiguar algo del pasado.

—Sobre el pasado no tengo influencias. Lo que se escribe en las márgenes del tiempo es inmodificable. Alguna vez leí: «Ni Zeus puede hacer que no haya sido lo que fue».

—De algún modo eso me tranquiliza. Si pudiéramos también cambiar el pasado, no habría investigación policial posible.

—No estés tan seguro. Hay una escuela que dice que el pasado es modificable desde el futuro. Si el tiempo fuera circular, las acciones de hoy y las de mañana influyen en las del futuro, pero ese futuro ya es el pasado desde otro lugar de la circunferencia. ¿Me explico? Estoy leyendo un libro sobre ese tema y me entusiasma bastante... A propósito, con toda esta cháchara todavía no me dijiste cuál es tu problema.

—¿Usted conoce a Braulio Pastore?

—Sí, lo conozco de oídas. Nunca lo vi. No es un tipo de buena fama.

—Encontré su nombre en un papelito que estaba en casa de una señorita de apellido Rígane...

—¿No será Mecha Rígane, la de la calle Terrada...?

—Tal cual. Es ella. O, mejor dicho, *era* ella, porque ahora está muerta, y yo estoy investigando las circunstancias de su muerte. Tal vez se suicidó, tal vez la mataron.

Noté en Ramona un gesto de asombro y desazón; ese pequeño salto interno que damos cuando oímos algo que nos toca de cerca.

—No puede ser —dijo por lo bajo, como quien está frente a los restos de un accidente evitable—; qué pena.

—¿La conocía?

—Durante mucho tiempo fui una especie de consejera... La última vez que la vi

fue hace como cinco años. Ella venía a verme por sus temas espirituales.

—¿Era depresiva?

—No que yo sepa. Sí sé que era rara... Después de esa última visita de carácter profesional me encontré con ella una que otra vez y más bien por casualidad. Mecha había decidido cambiar de guía...

—¿Puedo saber el motivo?

—No sabría decírtelo con seguridad. Siempre creí que yo había sido una buena influencia para ella. Sin embargo, sé que en su vida apareció un tipo nuevo que, vaya a saber por qué, le resultó deslumbrante: el Pastore que me mencionaste.

—O sea que Mercedes le habló a usted de Pastore...

—Exactamente. Hasta entonces no había oído hablar de ese tipo. Por las pocas cosas que ella mencionó, me pareció lisa y llanamente un chanta.

—¿Qué cosas mencionó?

—En un momento de crisis de fe (la señorita vivía angustiada por el más allá) el hombre apareció y le nombró hechos que, según ella, pertenecían a distintas instancias del pasado de su vida. Vivencias muy exactas y precisas. Eso le hizo pensar que, efectivamente, Pastore tenía poderes de clarividencia.

Me despedí de Ramona con un beso en la mejilla.

4

Como caminar me ayuda a reflexionar, hice a pie el recorrido hasta el Palacio Central de la Policía Interjurisdiccional. En la oficina de Escaleno ABC el comisario Laurentino leía el *Clarín* y fumaba.

—Tal como yo preveía —dijo, con displicencia—: las huellas digitales de la pistola eran de la finada, nomás.

—¿Las teclas de la máquina también fueron estudiadas?

El comisario dejó la revista sobre el escritorio, apagó el cigarrillo en el cenicero y, mirándome muy sobradamente, me espetó:

—Pero, mi querido oficial ayudante, ¿usted piensa que yo llegué a comisario por mi linda cara?

Me extendió unos papeles, volvió a el *Clarín* y yo sentí que me ruborizaba. Fui leyendo el informe y allí, en prosa pleonástica, estaba el dato incontrovertible:

Las huellas dactilares impresas en las teclas de la máquina de escribir de la occisa
coinciden con las huellas dactilares de la occisa.

«¿Incontrovertible...?», pensé. «No creo que, en el universo todo, haya una sola cosa incontrovertible».

Los informes dactiloscópicos son obra del técnico Augusto Marchetti, y a su oficina me dirigí de inmediato.

Marchetti llevaba muchísimos años en el mismo trabajo. Pertenecía al personal civil; ascendía en el escalafón y le aumentaban el sueldo, pero no lo cambiaban de sección: al ser maravillosamente eficaz en su tarea, convenía mantenerlo donde estaba, si era posible hasta su retiro.

Tras esperar, con contenida impaciencia, que concluyese una conversación telefónica (para mi impaciencia, demasiado larga), le expliqué:

—Es por el caso Rígane; necesitaría dos informaciones adicionales. La primera es sobre las huellas digitales en la botella de oportó.

—La botella registra las huellas de la señorita Rígane.

—El segundo dato... El informe dice que todas las huellas encontradas en la Underwood eran de la muerta. Necesitaría saber qué dedos utilizó para escribir cada letra.

—En el informe para Laurentino solo anoto las especificaciones generales. Los detalles de menor relevancia quedan en otro registro.

Unos segundos más tarde la impresora emitió una página A4.

Ya era hora de volver a casa. Desplegué el papel sobre la mesa de la cocina y leí:

Letras. Fila superior. Q: meñique izquierdo. / W: anular izquierdo. / E: índice izquierdo. / R: índice izquierdo. / T: índice izquierdo. / Y: índice derecho. / U: índice derecho. / I: índice derecho. / O: índice derecho. / P: meñique derecho.

Letras. Fila intermedia. A: índice izquierdo. / S: índice izquierdo. / D: índice izquierdo. / F: índice izquierdo. / G: índice izquierdo. / H: índice derecho. / J: índice derecho. / K: mayor derecho. / L: anular derecho. / Ñ: meñique derecho.

Letras. Fila inferior. Z: índice izquierdo. / X: anular izquierdo. / C: índice izquierdo. / V: índice izquierdo. / B: índice izquierdo. / N: índice derecho. / M: índice derecho.

En una hoja en blanco, y con birome azul, puse, como título, RAZONAMIENTO SOBRE DEDOS Y TECLAS, y escribí cuatro ítems que, según creí, me servirían como argumentos válidos cuando llegase la ocasión.

5

—Con el señor Pastore, por favor.

—¿Con quién?

—Necesito hablar con Braulio Pastore. Aquí tengo un volante que lo menciona y necesito hacerle algunas consultas sobre mi carta natal. Me han dicho que sabe mucho sobre el asunto.

Hubo un breve silencio seguido de una carraspera.

—No, aquí no vive nadie con ese nombre.

Esbocé una sonrisa sarcástica: esos ínfimos trabajos de recolección de datos parecen vulgares, pero suelo encontrar en ellos algún atractivo. Elevé entonces el tono de voz: mostrarse un poco agresivo es la mejor manera de que a uno no le corten.

—Escuchemé... ¿Es el 692-3*****?

Del otro lado llegó la respuesta que yo ya había previsto:

—Sí, señor, ese es el número, pero aquí no vive nadie con ese nombre...

Fin del diálogo. De modo que el número era el correcto...

En la Policía Interjurisdiccional hay medios muy rápidos y eficaces para, partiendo de un número de teléfono, averiguar a qué domicilio corresponde. Supe que el consignado en el volante pertenecía a un tal RIVAROLA, HÉCTOR, de la calle Coronel Fazzolari 588, ciudad de Paso del Rey, partido de Moreno.

Era el atardecer y sentía un poco de hambre; por reminiscencia tal vez infantil, compré en un quiosco cuatro alfajores de chocolate. Me dirigí a la Plaza Miserere y, en la estación del Once, tomé el aborrecible tren del Ferrocarril Sarmiento hasta Paso del Rey. Viajé sentado contra la ventanilla, viendo un cielo oscurísimo que presagiaba tormenta. Me hallaba de mal humor por no haber previsto la necesidad de un paraguas y también por el calamitoso estado del vagón y por el incesante vocerío de los vendedores ambulantes. Comí dos de los alfajores y, con desdén, tiré los envases en el piso sucio del vagón.

No sé cuánto tardé en llegar a destino, pero sí sé que me pareció demasiado tiempo. Al salir, me encontré con una estación de servicio. Un empleado me explicó que la calle Coronel Fazzolari se hallaba a unas veinticinco cuadras y me sugirió abordar uno de esos malditos colectivos de provincia subdivididos en ramales que van a lugares de nombres incomprensibles.

—Gracias, voy a ir caminando.

Según me alejaba de la estación, disminuían las casas, aumentaban los baldíos, se reducía el pavimento, crecían las calles de tierra.

En el número 588 de la calle Coronel Fazzolari encontré una especie de estampa derruida de un almacén de otras épocas, donde no se supiera con exactitud cuál era el ramo de lo que allí se pretendía vender. Me pregunté si no serían así las pulperías mencionadas en la literatura gauchesca. Sin razón lógica, experimenté una suerte de imposible nostalgia.

Me atendió una mujer ordinaria, de cutis rústico y con cierto aire equino en el rostro. Elegí ser directo:

—Llamé por la mañana y una voz de hombre me dijo que aquí no vive ningún Pastore. Pero en este aviso —exhibí el volante callejero— está el número telefónico de ustedes. Quisiera saber con quién hablé.

La mujer parecía indecisa.

—Puede ser que haya hablado con mi marido. Él ahora no está. No sé qué decirle...

—Mire, señora, si es tan amable... Yo lo único que necesito es hablar con Pastore, por una razón, ¿cómo diré?, espiritual...

La mujer puso cara de comprensiva. Y yo coloqué el índice sobre el punto en que, en el volante, se mencionaba el número de teléfono.

Entonces sacudió la casa uno de esos truenos colosales que las tormentas de verano hacen estallar sobre la llanura de Buenos Aires. Y en seguida se oyó el furioso repique-tear de la lluvia.

La mujer miró unos segundos hacia afuera, por sobre mi cabeza:

—¡Ah, ya sé! —dijo, cambiando bruscamente de actitud—. Es que por aquí casi nadie tiene teléfono y a veces nosotros les hacemos a los vecinos la gauchada de darles el nuestro.

—Pero su marido me dijo desconocer al Pastore que busco.

—Es medio distraído y además no se ocupa de los llamados, y a veces directamente no tiene ganas de hablar y corta la comunicación. Soy yo la que se encarga de avisarle a la gente en caso de recibir algún recado. Así es: hará cosa de dos años el gringo nos pidió que le hiciéramos ese favor.

—¿El gringo?

—Le decimos así por lo rubio y por lo alto y flaco. Hubiera querido ser actor. Una vez me contó que había venido con ganas de trabajar en algún canal de televisión. Tiene cierta pinta pero, por lo visto, con la pinta no basta, ya que no logró nada.

—¿Dónde podría encontrarlo?

—No sé dónde vive ahora. Vivía en la pensión de la vieja Tejada, a menos de dos cuadras. Ella sí tiene teléfono, pero jamás lo presta: es mala, egoísta y tacaña.

—¿Menos de dos cuadras, me dijo?

—Sí, venga.

Me llevó hasta la puerta y, sin salir, señaló hacia la derecha:

—Va hasta la esquina, que es la calle Aviador Otálora, camina media cuadra y al lado del taller mecánico va a encontrar la casa de la vieja Tejada.

Di las gracias y partí. Llovía a cántaros y bastaron esos doscientos metros para empaparme.

La pensión de la señora Tejada llevaba el número 1639 y, en su fachada y su puerta verdosas, tenía un aire patético de madriguera.

Al entrar en una especie de vestíbulo me agredió una sofocante atmósfera de humedad mezclada con el olor de grasas frías que suelen dejar las cocinas mal lavadas. En las paredes, parches de pintura se mezclaban con manchas de herrumbre.

Estiré un poco el cuello. La planta baja mostraba un pasillo que se hundía en las

tinieblas del interior, con puertas donde estarían la cocina, el baño, alguna que otra habitación.

Tras el mostrador no había nadie; hasta la pared posterior habría dos metros. Me sorprendió que, en ese lugar tan de otra índole, se encontrasen unos estantes con algunos libros. Más raro aún: todos estaban encuadernados en cuerina, como se estilaba a principios del siglo XX. En los lomos, estampadas en ocre y en bajorrelieve, apenas se veían las letras, de las que solo rescaté cinco letras: RMAIN.

Pulsé el timbre de la recepción.

Apareció la anciana señora Tejeda. A primera vista, me pareció una suerte de bruja escapada de las ilustraciones de los cuentos recopilados por los hermanos Grimm. Armonizaba perfectamente con la sordidez del lugar y hasta diría que me infundió cierto escalofrío infantil.

Muy fea, con los pelos rojizos y erizados, y con nariz grande y ganchuda, tenía un acendrado aire de ave de rapiña; sus ojos, claros y desvaídos, eran casi traslúcidos; además, le faltaban varios dientes:

—¿Qué deseaba, caballero? —preguntó, emitiendo una lluvia de saliva voladora.

Retrocedí un paso. Probablemente por la carencia de dientes, su pronunciación poseía cierto dejo extranjero.

—Busco al señor Braulio Pastore —expliqué—. Me han dicho que tiene el don de la videncia y yo necesito hacerle una consulta.

—¿Y a usted quién le dijo que esa persona vive aquí?

—Vengo del almacén de don Héctor. Me atendió una señora...

Esbozó un breve gesto de desagrado.

—Bueno —proseguí—, ¿es mucha molestia saber si el señor Pastore está aquí y puede atenderme? Me lo han recomendado como muy bueno, tengo un grave problema sentimental y tuve que hacer un viaje largo. Vengo de Gualeguaychú...

—¿Sin valija?

Pero yo no soy lerdo:

—La dejé en el guardaequipaje de la terminal de Retiro. Y ahora veo que, por la tormenta, no voy a poder volverme. Por casualidad, ¿no le queda alguna habitación disponible?

La vieja dudó unos segundos, pero luego dijo:

—Tengo todas ocupadas. Pero no importa. Acompáñeme arriba. Hay una que seguro va a quedar libre.

—¿Qué significa «seguro»?

—La alquilo a un paraguayo que ya me debe más de una quincena. Es obrero de la construcción y vuelve bastante tarde de noche. Como de costumbre, me va a salir con la excusa de que, apenas le paguen, regulariza. Basta: hoy mismo lo echo.

—Pero —objeté— el hombre todavía vive ahí. Tendrá sus cosas.

—No importa. En seguida saco todo y le cambio las sábanas.

Yo estaba un poco incómodo y, a la vez, algo divertido por la curiosidad de verme envuelto en unas peripecias de final imprevisible.

Por una escalera de cemento sin baldosas subimos hasta un lóbrego entrepiso. La mujer abrió una puerta con una llave casi prehistórica:

—Es aquí —dijo.

Una rápida mirada me bastó para saber que iba a hospedarme en la peor habitación del mundo entero.

—Espere un poco aquí, mientras cambio las sábanas y saco todas las porquerías del paraguayo.

Y, en efecto, unos minutos más tarde me hallé en posesión de la pocilga.

—¿Quiere que lo despierte a alguna hora?

—A las siete, si es posible. Pero no me ha respondido si el señor Pastore se hospeda aquí. Me lo han recomendado y, como le dije, hice un largo viaje...

—A veces hace giras para explicar el sentido de sus videncias. Puede que vuelva en tres días. Puede que sí, puede que no. Nunca se sabe: depende del público. El pago es por adelantado...

Me dijo la tarifa, recogió los billetes y se retiró.

La verdad es que estaba cansado. Como sentía aprensión por la poca higiene, solo me quité los zapatos y, vestido, me recosté sobre las sábanas que, a pesar de estar recién puestas, me parecieron sucias o pegajosas. Me quedé observando el yeso del cielo raso, del que pendían algunas telarañas, y eso me provocó una plácida modorra. Desde lejos y desde las profundidades, desde algún cuarto indefinido, me llegó una tos seca, trabajosa, lo último que oí antes de quedarme dormido.

En algún momento me despertaron los gritos de una discusión. Me senté en la cama y presté atención:

—Mi dinero vale tanto como el de cualquier porteño o entrerriano. Acá tiene todo lo que le adeudaba, y, si no le pagué antes, fue porque tampoco los de la construcción me pagaban a mí.

—Eso no es problema mío. El señor ya me pagó la pieza y yo cumplo mis compromisos.

El *señor*, enaltecido por la entrega del dinero, venía a ser yo. La moralina de la vieja me causó hilaridad. De todos modos, decidí bajar para ver qué pasaba.

Frente a la vieja se hallaba el paraguayo en cuestión.

Sin duda, soy tan prejuicioso como cualquier compatriota. Esperaba encontrar una suerte de «estereotipo del paraguayo», es decir una persona que evocase, físicamente, la «idea del guaraní» (aunque tampoco podría definir cuál sería esa «idea», salvo la de

hallar algunos rasgos indígenas en su fisonomía).

Sin embargo, este hombre, esbelto y delgado, bien podría haber pasado por alemán o sueco. Los cabellos, muy finos y de un rubio casi blanco; las cejas y las pestañas, descoloridas; los ojos, de un celeste acuoso. Y, como estaba enojado, tenía el rostro enrojecido.

Me miró con rencor, intuyendo que yo era el causante de su problema. Rápidamente me dijo lo que yo ya sabía: no admitía verse desalojado de su habitación.

Apeló a una frase de efecto:

—Todo puede arreglarse entre caballeros.

La mujer decidió apoyarse en mi cordialidad para incrementar la deuda del paraguayo:

—Este hombre estuvo como un mes sin pagar...

—Pero entiendo que ahora quiere pagar y recuperar su cuarto.

—Y la señora quiere mandarme a un sucucho de la planta baja —dijo el hombre—. Ya lo conozco bien: en la planta baja no hay habitaciones *verdaderas*. Esa pieza es muy chica y oscura, y servía de cocina o de depósito de no sé qué. Viene usted y resulta que le da la que yo ocupo desde hace años.

—Mire, vamos a proceder con justicia. Yo no pienso quedarme más de dos o tres días, según cómo venga la mano. A mí no me molesta ocupar el cuarto de abajo. No tengo pretensiones.

El hombre se tranquilizó, en tanto que la vieja comenzó, de acuerdo con sus gestos, a mostrar alguna reticencia.

—Y, además, con esta lluvia terrible: una mujer tan noble no va a dejar a un hombre (o a dos) en la calle —agregué, con demagogia filial.

Finalmente accedió.

El paraguayo tenía razón. El primer piso tenía el aspecto de un hotelucho infame, pero hotelucho al fin: una fila de cinco puertas que daban a otras tantas habitaciones. Pero la planta baja era heterogénea: el baño, la cocina, otra puerta y *mi* puerta. Y un olor de grasa, de comidas frías, de vajilla mal lavada...

De ese modo me encontré ocupando mi nueva habitación: comprendí que, si la anterior era un círculo del infierno, esta se encontraba casi en el último, apenas por encima del punto en donde vive Satanás. El baño era un monumento de homenaje al óxido y a la repulsión. Una canilla estaba inutilizada y la otra goteaba. Los hongos cubrían la cortina de baño.

«Ordenemos las ideas», me dije: «tengo un paraguayo de aspecto nórdico que trabaja en la construcción y un 'gringo', que, según parece, tenía ambiciones de ser actor de televisión. Si mal no recuerdo, en la casona de la señorita Rígane habían construido un ventanal en el sótano: obra de alguien del oficio. Tal vez esta Tejada, que es una vieja

ladina, haya montado la escena para distraerme. ¿Por qué no pensar que el paraguayo es el mismísimo Pastore puesto sobre aviso? A Pastore nunca lo vi, pero la mujer de la calle Fazzolari me dijo que era rubio; y, en cuanto al paraguayo, acabo de verlo».

Tras unos instantes de nueva reflexión, me dije: «Tanto las vecinas de la señorita Rígane como la señora Rivarola han descripto a Braulio Pastore como rubio, alto y flaco. Conclusión: *el paraguayo y Pastore son la misma persona*».

No me avergüenza confesar que me sentí muy ufano de mi perspicacia: el paraguayo *era* Pastore y, *posiblemente*, el asesino de la señorita Mecha.

Sobreexcitado por mi autoestima, me costó dormirme. Además, el ruido de las gotas del grifo se entremezclaba con carrasperas y toses más fuertes que, por momentos, viniendo oblicuamente desde la izquierda y desde algún plano inferior, se alzaban hasta una especie de paroxismo cuyos silbidos ocupaban todos los rincones de mi cuarto. Era evidente que un hombre enfermo estaba ahí, en la planta baja, pared por medio con mi habitación.

Aunque le dije a la vieja que me despertara a las siete, me desperté solo, víctima de escozores varios. Registré no menos de seis ronchas en mi cuerpo. Siempre digo que, si en un estadio de fútbol hay cien mil espectadores y un solo mosquito, ese mosquito me picará a mí (según me explicó un médico, por desgracia yo poseo en mi sangre no sé qué cualidad de un dióxido de carbono que la torna especialmente apetitosa para los aborrecibles dípteros).

Pero aquellas ronchas, mucho más grandes y de aspecto algo siniestro, no parecían deberse a picaduras de mosquito. Jamás en mi vida he visto un ejemplar de la llamada «chinche de cama», pero no dudé en atribuir a este insecto los ataques sufridos por mí.

Recordé que, en la vieja casa de mi primera infancia, ubicada en Palermo Viejo, mi difunto padre combatía a las diversas alimañas mediante el encendido, cada sesenta días, de una pastilla de gamexane. El humo y su hedor obligaban a abandonar la vivienda por unas horas; pero la recompensa valía la pena: al regresar, nos aguardaba un cementerio de cucarachas, moscas, mosquitos, ácaros, polillas...

Con el pensamiento en la venganza mediante el gamexane, me dirigí a la recepción. Allí estaba el paraguayo, sólido, fuerte, saludable y, por suerte, ya sin enojo y a punto de partir.

Pensé que, si lo acompañaba, podría sonsacarle alguna información útil:

—Tengo que ir a Retiro a buscar la valija —mentí—; desde hace dos días estoy con las mismas ropas. Si usted va para la capital, podemos viajar juntos.

—No. Tomo un colectivo que no entra en la capital porque va por la Autopista de los Pinares. Ahora estoy trabajando en Dock Sud, en la construcción del nuevo *shopping*. Tengo laburo para rato; lástima que a veces se atrasan con los sueldos.

—Y la dueña se pone algo pesada.

—Oí que usted busca a ese tal Pastore. Qué quiere que le diga, para mí es medio chanta. Pero usted sabrá lo que hace.

«Nombra a Pastore», me dije, «para que yo crea que son dos personas».

—A propósito, no me he presentado: soy —iba a decirle mi verdadero nombre, pero, sobre la marcha, cambié de idea— Patricio de la Escosura.

—Diego Amarilla, a su servicio.

Nos estrechamos las manos y salimos a la calle.

6

Si bien había llovido buena parte de la noche, el día se presentaba excelente. Corría el aire limpio de la mañana. Caminé hasta la estación de trenes. Ahí había teléfonos públicos.

Por fortuna, el inútil de Marioni ya estaba en la oficina. Si he de ser honesto, no puedo decir que sea plenamente inservible. Algunas labores ínfimas (en tanto y en cuanto se lo guíe con un criterio didáctico) pueden ser emprendidas por su entendimiento poblado de tinieblas.

—Escúcheme, Marioni. Tengo poco crédito y necesito darle una serie de precisiones.

—¿Está en un teléfono público, Cristiani?

—No: le estoy hablando desde un satélite de Constantinopla.

Me contestó una sonora carcajada, lo que me demostró que el zopenco poseía un cierto embrión de sentido del humor.

—Tome nota: averigüe si en la obra en construcción del *shopping* de Dock Sud hay un obrero llamado Diego Amarilla y, en tal caso, si realmente se llama Diego Amarilla. Tiene dos posibilidades: o se va al Ministerio de Trabajo, donde dan a la policía esas informaciones, o, si no, se va a la misma obra.

—¿Por qué tendría que ir hasta el Doque?

—Porque muchos obreros de la construcción trabajan en negro y no figuran en ningún libro oficial. De modo que, si en el Ministerio le dicen que no hay nadie registrado con ese nombre, se manda un viajecito al sur y me hace la averiguación. Y una cosa más. A las 22:45 en punto se presenta, con Laurentino y refuerzos, en Aviador Otálora 1639, de la localidad del Paso del Rey.

—Espere, espere que anoto: «Aviador Otálora 1369»...

Pensé: «La puta que te parió». Dije:

—1639, no 1369.

—Listo, Cristiani, ya lo corregí.

—Dígale al comisario que es imprescindible una furgoneta para trasladar algún posible detenido. Y lo más importante: tienen que ser absolutamente puntuales.

— Y por el asunto del Ministerio, ¿qué le digo a Laurentino?

—Que lo mando yo. Él va a entender. Voy a volver a llamarlo a eso de las tres de la tarde. Y ahora cuelgo porque se acaba el tiempo.

—¿Me dice de nuevo el nombre? Me olvidé de anotarlo.

Odio la ineptitud, pero no puedo extirparla. Alcancé a decirle:

—Diego Amarilla. Acuérdesse de Maradona y de la franja de la camiseta de Boca.

Ahí se cortó la comunicación. Me pregunté si esta asociación de ideas sería demasiado compleja para la mente de Marioni. Acosado por esa duda esperé el tren que me conduciría de nuevo a Buenos Aires.

Ya en casa, me bañé y puse en el lavarropas toda la ropa que había vestido en la maldita pocilga de Paso del Rey. Me habían dicho que el dentífrico alivia el dolor de las quemaduras y de las picaduras, y entonces lo apliqué sobre las ronchas, sin obtener mayores resultados.

Por asociación de ideas entre agresión y venganza, me dirigí a una ferretería y compré unas cuantas pastillas de gamexane.

A las tres en punto llamé a Marioni para saber qué había averiguado.

—En el Ministerio no hay registros. Tuve que ir a la obra y mostrar la credencial al maestro mayor.

—Bien hecho.

—Me dijo que, efectivamente, tienen registrado a un tal Amarilla. Y me aseguró que lo van a blanquear en breve. Hay algunos problemas gremiales porque están supe-
rando la cantidad máxima de albañiles extranjeros que el gremio exige.

—Ha hecho un buen trabajo, Marioni. No esperaba menos de usted.

«Bueno», me dije, «el paraguayo se llama realmente Diego Amarilla, pero eso no impide que, en su otra personalidad, se haga llamar Braulio Pastore».

Armé una valijita y decidí volver a Paso del Rey. Compré una revista de crucigramas y un par de historietas. No sé por qué, pero siempre he asociado los viajes en tren con el *Nippur Magnum* o el suplemento *D'Artagnan*.

Cuando la vieja me vio llegar con la valija observó:

—Se ha dado una vuelta por Retiro.

—Y de paso aproveché para hacer unas compras en la ciudad. ¿De Pastore sabe algo?

—Tiene mala suerte. La del almacén acaba de decirme que habló con ella y que por un tiempo no va a volver. Va a dar unas conferencias en Chile y Bolivia.

—Pero qué desgracia. Tanto viaje al divino botón. Ando medio cansado y ya no tiene sentido regresar a la ciudad. Mejor paso la noche aquí, y mañana me vuelvo a Gualaguaychú.

Entré con aire de derrota en la espelunca y dejé ahí mi personaje. Aquellas toses,

cada vez más molestas, aquellos jadeos insoportables, provenían, en relación con mi cuarto, desde la izquierda pero también desde abajo.

Yo era muy joven y tenía cierta tendencia a jugar... Se me ocurrió representar el papel de detective.

Palpé todas las paredes y las sentí sólidas. Había una repisa que podría haber funcionado como biblioteca o especiero, puesto que parecía haber ahí una suerte de reliquia de cocina. La cubría una capa de tierra. A un costado, una araña muerta, como mueren las arañas, con las patas agarrotadas, vueltas sobre sí mismas.

Si hubiera habido libros, algunas marcas siempre quedan. El polvo es menos abundante donde las bases tocan la madera. Y, si son libros encuadernados o, al menos, de tapa dura, aparece una especie de U alargada mucho más limpia y con la base de la letra mirando hacia afuera.

Entonces recordé el lomo del libro visto en la recepción: RMAIN. Me sonaba la terminación *ain*, tal vez por el arltiano Remo Erdosain, o, más probablemente, por la evocación de cierta novia pretérita, de apellido vascuence: Susana Iramain. Pero, de golpe, salté a un recuerdo más preciso: el apellido no era vascuence sino francés: ¡Germain!

Era una de las obras que había visto en la casa de la difunta: *Introducción a la metafísica*, de Saint Germain.

Sin producir ruidos, hice desplazar la ligera repisa. Luego pasé la mano por la pared que estaba detrás y di unos golpecitos con los nudillos. Ahí solo existía una tabla. La repisa había sido puesta ahí poco tiempo atrás, porque, cuando uno levanta un mueble, siempre queda en el piso un espacio limpio. Y todo el suelo se hallaba igualmente sucio.

En seguida ejercí la autocrítica: esas certezas, en realidad, no me servían de nada.

Fui al almacén de Héctor Rivarola. La mujer me dio la mala nueva sobre Pastore y su gira didáctica: fingí sorpresa y decepción. Compré pan, fiambre y gaseosa, y volví al hotelucho.

Me pasé el resto del día resolviendo crucigramas y leyendo historietas. ¿Quién me había nombrado, no hacía mucho, a Mandrake el Mago y lo había comparado con quién...? En estas revistas de precaria literatura se anuncian cursos por correspondencia de teneduría de libros, de inglés comercial, de corte y confección, de dibujo, de fotografía y (tuve que sonreír) de detective privado. Me pregunté qué ocurriría si llenaba el cupón y lo enviaba.

A las diez de la noche llegó, previsiblemente, el obrero paraguayo Diego Amarilla.

El momento de actuar se acercaba. Si Marioni había entendido bien (y esto no era seguro), a las 22:45 tendrían que llegar mis compañeros con los vehículos necesarios.

Salí al desierto pasillo y fui encendiendo varias pastillas de gamexane, una de las cuales tiré por debajo de la puerta del huésped que tosía. Como efecto instantáneo, la

tos se multiplicó en jadeos y estertores y, como preví, alguien salió semiahogado de la habitación.

La vieja desdentada llegó corriendo al grito de «¡Incendio! ¡Incendio!», falsa alarma que solo sirvió para que acudieran, por curiosidad, otros pasajeros.

—Nada de fuego —los tranquilicé—; no hay ningún incendio.

Exhibí mi placa:

—Es un procedimiento policial. Algunos de ustedes serán trasladados al Palacio Central.

Hubo un desconcierto generalizado entre ese conjunto de personas asustadas.

—Quédese cada uno en su lugar —agregué—, y nadie saldrá lastimado.

Sentía cierto humorismo interior, al verme a mí mismo como personaje de una película de acción.

—Usted —le ordené a un hombre mayor cuyo aspecto apaisanado me recordó, no sé por qué, al nunca visto herrero Miseria—, abra esa puerta y esa ventana, antes de que el gamexane nos mate a todos.

Junto con el aire entraron ruidos de motores de autos. Un instante después irrumpieron cuatro personas: el comisario Laurentino, Marioní y dos agentes uniformados.

Le señalé al comisario quiénes debían acompañarnos hasta el centro y así se hizo.

Mérito de Marioní: en la calle estaba la furgoneta solicitada y en ella ingresaron los detenidos y los dos agentes de uniforme.

En un auto (sin identificación policial) se sentó en pleno la unidad Escaleno ABC. Marioní tomó el volante; en el asiento posterior nos acomodamos el comisario Laurentino y yo.

Silencio absoluto.

Después de un rato muy largo, Laurentino me dijo:

—Espero y deseo que haya sabido lo que hacía. Una de mis hijas se casa mañana en la ciudad de Trelew y yo ya tengo el pasaje de avión en el bolsillo.

—¿Eso significa que tengo luz verde para avanzar a mi manera?

—Más claro, échele agua.

7

Una semana o diez días más tarde, ya en el Palacio Central de la Policía Interjurisdiccional, Laurentino parecía —como de costumbre— algo malhumorado. Pero yo sabía que era una excelente persona y que, tal vez por histrionismo, le gustaba mostrarse de esa manera.

Sin embargo, y llevado por su tendencia a la arbitrariedad, nos había citado a las cinco y media de la mañana. Llegué, pues, necesitado de alguna hora adicional de reposo.

—Muy bien, Cristiani: soy todo oídos.

—Todo se relaciona con el caso de la supuestamente suicidada. Hablo de la señorita Rígane.

—Empezamos mal. Ya me dijo una obviedad.

—Las cosas... —quise explicar—, de eso quería hablarle. Uno pasa y las cosas quedan...

—Por favor apure ese motor: la paciencia no es mi fuerte y no me gustan los circuloquiios ni las pseudofilosofías.

Puse ambas manos en posición vertical, con las palmas dirigidas al comisario, como significando: «Perfecto: me ceñiré a sus instrucciones».

Dije:

—En primer lugar debo recordarle la nota dejada por la muerta. Me llamó la atención que una mujer recibida en la Lippincott, con buenas calificaciones y digna ortografía, cometiera el grosero error de escribir una palabra tan habitual y fácil como «busca» con zeta: *buzca* —pronuncié como si fuera un nativo de Madrid.

Laurentino sacudió la mano derecha:

—Ya lo habíamos hablado.

—Pensé entonces que otro podía haber sido el autor del mensaje.

—Pero las huellas dactilares de la máquina coincidían con los de la finada.

—A eso iba. Como yo suponía que usted iba a formularme esa observación, he tenido la precaución de, digamos, «sistematizar» mi razonamiento y ponerlo por escrito. Le ruego que lea este papel.

Y le alcancé la hoja titulada RAZONAMIENTO SOBRE DEDOS Y TECLAS. Laurentino se calzó los anteojos y leyó en silencio:

1) El mensaje YO MISMA ME DI MUERTE EN BUZCA DE VIDA ETERNA consta de 36 letras: cuatro *aes*, una *be*, una *ce*, tres *des*, siete *ees*, tres *íes*, cuatro *emes*, dos *enes*, una *o*, dos *eres*, una *ese*, dos *tes*, dos *úes*, una *ve corta*, 1 y *griega* y 1 *zeta*.

2) Absolutamente todas ellas han sido pulsadas por el dedo índice (izquierdo o derecho, según el caso) de la señorita Rígane.

3) En cambio, las letras que no forman parte del mensaje han sido pulsadas con los dedos que corresponden al uso habitual de un mecanógrafo avezado.

4) La señorita Rígane, que trabajó durante toda su vida como dactilógrafa y utilizó siempre los diez dedos de ambas manos, escribió, sin embargo, su mensaje de despedida mediante el empleo del índice izquierdo para las teclas de este sector y del índice derecho para las del sector opuesto.

5) A pesar de ser una persona relativamente culta, incurrió en una grosera falta de ortografía al escribir una palabra de empleo muy frecuente. Y, a pesar de tipiar *buzca* en

la Underwood, escribió perfectamente en el libro vocablos que suelen suscitar errores: *necesidad, exuberante, excepción*.

—¿Y entonces...? —preguntó, creo que retóricamente, Laurentino: ya sabía qué iba a decirle yo.

—«Entonces», me dije en aquel momento, «este mensaje postrero no lo escribió la señorita Rígane». Usted sabe que era dactilógrafa. ¿Por qué una dactilógrafa iba a usar solo dos dedos para anotar un mensaje? El mensaje lo escribieron los dedos de Mecha, pero no ella. Al hacerlo, borraron las huellas dactilares anteriores. La mujer era esmirriada y de muy baja estatura: pesaría apenas unos cuarenta kilos. Según parece, solo tomaba agua mineral, pero ese día bebió abundante oporto; como no estaba acostumbrada al alcohol, entró en algo parecido al sopor o al desmayo. Entonces alguien sentó a la señorita en sus rodillas, le tomó ambos dedos índices y con esos dedos escribió en la Underwood el aparente mensaje suicida. Después la acomodó en la cama, le hizo tomar la pistola, apoyó su índice sobre el índice de ella, y le pegó un tiro en la cabeza. Por el ángulo de la bala en la entrada craneal y la huella digital en el gatillo, la hipótesis del suicidio parecía incontrovertible.

—¿Y quién pudo haberse acercado tanto a la víctima?

—Alguien de su extrema confianza. O, para decirlo de otro modo, alguien que hubiera lavado en parte la mente de la señorita Rígane. Ella era una creyente fervorosa. A pesar de una crisis de fe, los que devotamente profesan una religión no se suicidan. En este caso, la desatinada mujer mezclaba cristianismo con ciertos cultos esotéricos. Eso lo noté revisando sus lecturas. Un papel me llamó la atención: el de un supuesto adivino llamado Pastore. Si la mujer lo había conservado, era porque probablemente le diera alguna importancia. Hice mis averiguaciones y supe que el tal Pastore, en los círculos de «videntes» e «iluminados» de capital y provincia, tenía, entre esos redomados farsantes, especial fama de farsante. Las personas pasan y las cosas quedan...

El comisario sonrió:

—Ya volvió a su punto de partida.

—Así es, mi comisario: las cosas quedan, y quedan para hablar y comunicarnos hechos... En el subsuelo encontré otras cosas: jarabes y remedios contra la tos, contra el asma, contra las afecciones bronquiales... ¿Para qué podía necesitarlos una persona de excelente salud, según el testimonio de sus vecinas? Eran de datación reciente y ninguno estaba vencido: alguien, que no era la señorita, los tomaba. En la casa de la calle Terrera había alguien más. Oh, las casualidades. En el hotelucho de la calle Otálora se oía, desde un lugar soterrado, el sonido persistente de toses y jadeos. No provenía de las habitaciones de huéspedes del primer piso. Al enfermo lo tenían oculto en algún cuchitril de la planta baja. Era una especie de insecto dañino metido en su madriguera.

¿Cómo obligarlo a salir de ahí?

—Con una pastilla encendida del insoportable gamexane.

—Así es. De ese modo fue detenido Pastore. Adujo haber perdido todos sus documentos al haber sido víctima de un carterista a bordo del Ferrocarril Sarmiento. Fácil solución: en el Palacio le tomaron las huellas digitales y, en menos de veinte minutos, supimos que «Braulio Pastore» se llamaba, en realidad, Ronaldo Rígane. ¡El mismo apellido de la señorita! Me lancé a revisar su legajo de identidad: no era precisamente una alhaja, pues tenía varios arrestos por estafas, fraudes, usurpación de títulos y honores, y cosas parecidas... Pero eso me importó mucho menos que su filiación: Ronaldo Rígane, hijo de Francisco Xavier Rígane, nacido en Goya, provincia de Corrientes, y Daisy Thatcher, nacida en Grantham, Reino Unido. Recordé la foto tomada en Goya en 1933: ¡Francisco Xavier era el hermano de Mercedes y, por lo tanto, Ronaldo era sobrino de la señorita!

Entonces irrumpió Marioni con una de sus inevitables muestras de —valga el oxímoron— razonamiento irracional:

—Si Francisco era hermano de Mercedes, quiere decir que Mercedes era la hermana mayor, ¿no es cierto?

—No, Marioni —dijo el comisario—. No sabemos si era mayor o menor. Y, por otra parte, no importa en absoluto. Adelante, Cristiani...

—Entonces recordé otras palabras sueltas de las vecinas de Mecha: «polaco», «Mandrake el mago», «pastor protestante», etcétera. Alguien rubio, vestido de negro y con aspecto «religioso», visitaba cada tanto a Mecha. Relacioné este hecho con otra de las fotos: unos chicos rubios jugaban en la orilla de un río desconocido. ¿Por qué no pensar en sobrinos a los que ella vio en la infancia y que después no volvió a frecuentar? Uno de esos chicos rubios era Ronaldo Rígane, cuyo *nom de guerre* en la república de los farsantes es Braulio Pastore. Él estaba enterado, por razones familiares, de muchos detalles de la vida de la señorita Mecha. Con esos datos, le dice que puede ver lo que ocurrirá y lo que ocurrió, y, para probárselo, le cuenta a Mercedes episodios precisos del pasado de ella. La señorita queda embelesada: considera haber hallado a una especie de santo que viene a ayudarla y protegerla. El tipo gana su confianza. Sabe de ella lo suficiente para generar el asombro crédulo. ¿Cómo iba pensar que era un sobrino al que habrá visto solo una vez y hace décadas? El hombre logra, por fin, que ella lo deje entrar en su casa. Pasa el tiempo; hay una cierta intimidad. Ella le va cediendo lo único que tienen ciertas solteronas: dinero. Pero el hombre es codicioso y quiere más. Finalmente ella extrae del banco el grueso de sus ahorros...

—Me parece que ya está imaginando demasiado —dijo Laurentino.

—No, no estoy imaginando. En estos días fui a la sucursal Flores del Banco Cárpatos, y ahí me enteré de que, una semana antes del asesinato, la señorita Mercedes había

retirado casi todos sus ahorros, dejando una mínima cantidad para conservar la cuenta. Pensaba donárselos por completo a su vidente, a su ídolo, a su salvador. Aquí sí, con su permiso, me tomaré la libertad de construir conjeturas sobre la escena. Puede haber divergencia en los detalles o en el orden de los sucesos, pero no tengo dudas de que las cosas ocurrieron más o menos como yo pienso.

—¿Tan seguro está...?

—Creo que sí. Mecha y Pastore se reúnen para la entrega del dinero. Primero parece una reunión cordial entre el chela y el gurú. Pero (pienso yo) a último momento Mecha duda entre darle o no darle los ahorros al maestro. Comprende, tal vez de pronto, que no hay ningún motivo para desprenderse, porque sí, de su dinero. Pastore advierte que ahora el camino no tiene retorno, y entonces se muestra dulce y contemporizador, finge que no le interesa recibir ningún dinero y propone brindar con algún vasito de oporto. La señorita, aunque abstemia, acepta, tal vez movida por la fascinación que aún siente por el farsante. El vasito, en realidad, no es singular sino plural. Cada vez que Mercedes vacía su vaso, Pastore se lo vuelve a llenar, hasta que la mujer está por completo *groggy*. Después ocurre lo que ya conté: la redacción del mensaje y el tiro en la sien. Una vez hecho esto, Pastore se apodera del dinero y lo guarda en el bolsillo; va a la cocina, se coloca los típicos guantes de goma, lava cuidadosamente su vaso y la botella vacía de oporto; los seca con un repasador: guarda el vaso en la alacena; luego va hasta el cuerpo de la señorita Rígane y hace que toque la botella con su mano derecha; vuelve a la cocina y tira la botella a la basura. El otro vaso queda en el suelo, como prueba de que Mecha lo bebió antes de suicidarse.

A continuación relaté, para Laurentino y para Marioni, mis peripecias en las dos casas de Paso del Rey: la de Coronel Fazzolari y la de Aviador Otálora.

—Cuando la almacenera de Fazzolari llamó «gringo» a Pastore, me puse en alerta. En el hotelucho de Otálora no estaba Pastore pero sí un paraguayo con pinta de sueco o de noruego, tan rubio y tan albañil, hipotéticamente, como el invisible Pastore. Recordé la foto de los niños rubios en casa de Mecha, en un paisaje que «sonaba» a Corrientes, y la relacioné con las ínfulas de artista de televisión que habían adornado a Pastore. Había tantas incongruencias sospechosas... Por ejemplo, el libro que había en la repisa de la recepción. Estaba destruido, pero la terminación *rmain* me hizo pensar en el conde de Saint Germain, el famoso adivino y metafísico.

—Ya veo —dijo Laurentino—, con todos esos dibujitos de papel usted cree que logró confeccionar un cuadro coherente y definitivo. Pero olvida algo fundamental: ¿cómo hizo Pastore para abandonar la casa sin quitar la llave de la cerradura colocada por el interior?

—En ocasiones ocurre que uno no ve un cartel cuando es demasiado grande: parafraseando y contradiciendo al famoso principito, yo diría que, a veces, solo a veces, *lo*

evidente es invisible a los ojos.

—Claro —observó Marioni—, los ojos son invisibles.

—La casa de Mecha tenía entrada por la acera de los números impares de la calle Terrada; su contrafrente daba a un terreno baldío cuya tapia se hallaba en la acera de los números pares del pasaje La Porteña. Nada más sencillo: las dos puertas de la casa que dan al patio tienen ese modelo de cerrojo que las clausura automáticamente al cerrarla y que, desde el exterior, solo puede abrirse mediante llave. Pastore salió del interior de la casa al patio por una puerta cualquiera y, empujándola, la cerró herméticamente. En seguida trepó a la medianera y pasó del patio al baldío. Escaló fácilmente los dos metros de la tapia; colocó ambas manos sobre la cúspide, miró la calle y, cuando comprobó que nadie lo veía, saltó a la vereda del pasaje La Porteña. Se dirigió a la estación Flores y tomó el tren hasta Paso del Rey. Estaría quizá menos nervioso por el asesinato que por pensar que podría ser víctima de un robo y perder el fajo de billetes que traía en el bolsillo.

—¿Y qué me dice del paraguayo vikingo...?

—No tuvo culpa de nada, pero ese fue el albañil rubio que construyó la ventanita en el sótano de la casa de Mecha; por eso, Diego Amarilla lo conocía a Pastore. En todo caso, lo que podemos llamar «la duplicación del rubio» solo sirvió para confundirme un poco, pero no logró desatinararme del todo.

—Ah, Cristianí... Aunque, para mi gusto, usted resulta un poco complicado, creo que, en este caso, se anotó un poroto —dijo Laurentino.

—Espere, comisario: no está todo dicho. Cuando se armó el revuelo periodístico por la muerte de Mecha Rígane, la vieja Tejeda temió que alguien de la vecindad de la calle Terrada vinculara ese hecho con Ronaldo Rígane, y, a pesar de que este se hallaba víctima de terribles afecciones respiratorias, decidió recluirlo en el sucucho insalubre de la planta baja.

—Aquí sí que no lo entiendo. ¿Qué tiene que ver con todo este incordio la vieja Tejeda?

—La vieja Tejeda no es otra que la viuda de Francisco Xavier Rígane, o sea: cuñada de María de las Mercedes Rígane y madre de Ronaldo Rígane. Permítame jactarme de mi eficacia y de cuántos pormenores logré averiguar... Francisco Xavier era empleado de la Corrientes Forestry Company, la empresa maderera británica de la ciudad de Goya; allí conoció a la encargada del comedor de la compañía: la misma mujer que escribió la carta al *dear Francis* y que firmó con el dibujo de una margarita, flor que, en inglés, se llama Daisy. Francisco Xavier y Daisy Thatcher son los padres de Ronaldo Rígane, o sea Braulio Pastore. En aquellos años vividos en Goya, la cantinera Daisy conoció al dedillo el pasado de Mecha, y, cuando falleció Francisco Xavier, ella se convirtió en el cerebro de todo el plan para explotarla y, al fin, asesinarla. En suma, Daisy

Thatcher tenía a Ronaldo Rígane como un títere, pelele o monigote a su servicio; según parece, este individuo jamás llegó a romper del todo el cordón umbilical que lo unía a su mamá británica.

—Bueno —dijo el comisario—, así, al menos, pintan las cosas. Ahora, Cristiani, solo le resta redactar el informe de rigor. ¿Sabe escribir a máquina? —agregó, guiñándome un ojo.

—Por supuesto. Y al tacto con los diez dedos; por algo también yo estudié en la Lippincott.

Laurentino y Marioni se retiraron.

Me quedé solo en el despacho. Lentamente la avenida iba cobrando el vigor de siempre. En una hora más las calles se hundirían en el caos habitual.

Me senté frente a la Remington Rapid-Riter. Coloqué una hoja en el carro y, en lugar de poner algún título, al menos provisional, preferí empezar con una suerte de epígrafe:

Las cosas están mudas para nosotros. Sin embargo, desde su letargo, pareciera que algo quieren decirles a los ciegos que transcurrimos a su lado...

* La verdadera historia a la que se refiere el autor puede leerse en:
<http://www.laotrarevista.com/2015/01/el-regreso-de-moby-dick/> [N. del E.]